



No todo vale

Jordi Gual

Profesor del IESE

Modelo productivo



Cada vez hay más consenso sobre uno de los principales problemas de la economía española. La productividad del trabajo crece menos que en Europa, y la diferencia es aún mayor con EE.UU. Con el agravante de que no es sólo una cuestión de crecimiento. Los niveles de productividad también son más bajos en España y no hay, por tanto, ni un atisbo de convergencia.

Es habitual atribuir la baja productividad del país al modelo productivo. Este sintagma transmite la idea de que, si la productividad es débil, ello se debe a la composición sectorial de la economía; al peso de sectores, como la construcción o el turismo, que reflejan una especialización en actividades de baja productividad. Este es un enfoque tautológico y poco útil. Hablar de modelo productivo, además, es contraproducente. Como hubiera dicho el lingüista George Lakoff, predispone a políticas orientadas a la promoción de sectores específicos. O al intento de

Las claves
Personas cualificadas, infraestructuras públicas adecuadas y capacidad de generar y usar nuevas tecnologías

crear campeones nacionales. Como si los gestores públicos tuvieran la varita mágica y supieran cuáles son los sectores de futuro y las empresas que deben prosperar. Como si pudieran modelar la economía.

Es más provechoso preguntarse qué factores favorecen que una economía tenga actividades de elevada productividad. Es verdad que los recursos naturales (sol y la playa, entre otros) tienen un papel. Pero en las sociedades modernas, los recursos acumulados son mucho más determinantes que los naturales. Una economía es altamente productiva si dispone de personas bien cualificadas (acumulan formación avanzada), infraestructuras públicas adecuadas (y bien gestionadas) y la capacidad de generar y usar nuevas tecnologías (capital tecnológico). El capital social—la fortaleza y la cohesión de la sociedad civil— también es muy importante, como lo es una administración pública no sobredimensionada y eficiente.

Las políticas de productividad deben asegurar que la inversión en conocimientos, infraestructuras y tecnología tiene lugar recurrentemente, y sin despilfarrar recursos. Ha de garantizar, por ejemplo, que se cursan las disciplinas académicas con mayor proyección, se construyen los aeropuertos ahí donde son necesarios y se apoya sólo a los centros de I+D de calidad internacional contrastada. El crecimiento de la productividad también requiere que la legislación facilite el desmantelamiento de sectores obsoletos y la expansión de nuevas empresas y actividades. Esta flexibilidad es compatible con la protección social si el foco de esta es la empleabilidad de las personas en lugar de la seguridad en el empleo. Finalmente, otra fuente importante de dinamismo de la productividad procede del exterior, tanto por la inversión extranjera como la inmigración. En ambos casos, es crucial que la política económica encauce estos flujos, asegurando que contribuyen a mejorar el capital tecnológico y humano del país. En definitiva, para mejorar la productividad es necesario cambiar el relato y dejar ya de hablar del modelo productivo. |